

LA NOVELA CORTA



LA MUJER
FANTASTICA

20 cts.

COLOMBINE

-HERFANO-

N.º 398
Año VIII

LA NOVELA CORTA

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

Madrid 21
Julio 1923

ADMINISTRACIÓN: MADRID.-CALVO ASENSIO, 3.-APARTADO 8.008.-TELÉFONO J-624

AGENTES EXCLUSIVOS PARA LA VENTA DE ESTA REVISTA:

República Argentina: **ANTONIO MANZANERA**. - Independencia, 858. - Buenos Aires.

Precio del ejemplar en Buenos Aires: 20 centavos.

Guatemala: **DE LA RIVA HERMANOS**. - 9.ª Avenida Sur, n.º 8. - Guatemala C. A.

**ESTA OBRERA NO
SE PRESTA**

FOLLETAÍN

Revista semanal literaria lujosamente editada, cubierta
en papel cuché a cuatro colores, profusamente ilustrada.

HA PUBLICADO AYER VIERNES

LOS TRES MOSQUETEROS

(TOMO SEGUNDO)

DE

ALEJANDRO DUMAS

NÚMEROS PUBLICADOS:

- Núm. 1. - ALEJANDRO DUMAS. - Los mil y un fantasmas.
» 2. - VICTOR HUGO. - Han de Islandia.
» 3. - CARLOS DICKENS. - Los tiempos difíciles.
» 4. - F. DOSTOIEWSKI. - Crimen y castigo.
» 5. - ALLAN POE. - Aventuras de Arturo Gordon Pym.
» 6. - ENRIQUE SIENKIEWICZ. - ¿Quo Vadis?
» 7. - IVAN TURGUENEF. - Humo.
» 8. - WALTER SCOOT. - El pirata.
» 9. - ABATE PREVOST. - Manon Lescaut.
» 10. - HONORATO DE BALZAC. - La piel de zapa.
» 11. - PONSON DU TERRAIL. - Las miserias de Londres.
» 12. - PENIMORE COOPER. - El último mohicano.
» 13. - GABORIAU. - Por el honor del nombre.
» 14. - WISEMAN. - Fabiola.
» 15. - LEON TOLSTOI. - Resurrección.
» 16. - A. DUMAS. - Los tres mosqueteros (tomo I.)
» 17. - A. DUMAS. - Los tres mosqueteros (tomo II.)

132 páginas

40 cts.

La mujer fantástica

NOVELA INÉDITA

R-4684-A

Carmen de Burgos (Colombine)

(ILUSTRACIONES DE HORTELANO)



I

LAS AMIGUITAS

Las tres jóvenes acogieron a Andrés con exclamaciones de júbilo.

—¡Qué suerte que vengas!

—¡Qué alegría!

—¡Siempre eres oportuno!

Se caló el monóculo y les dirigió una mirada de desconfianza, que fué deteniendo, lentamente, de una en otra.

Las tres eran bonitas, graciosas; parecían tres damitas del Segundo Imperio escapadas de un cuadro de Winterhalter.

—¿De veras que os da tanta alegría verme?

—Mucha...—repuso Clotilde, que parecía la más joven y bulliciosa de las tres—. Figúrate que estábamos citadas con Enriqueta y sus hermanos, para salir juntos, y que de pronto hemos recibido una carta de Elena D'Aureville, anunciándonos que viene a pasar la tarde con nosotras.

Andrés, sin alarmarse por la gravedad del caso que le referían, se arrellanó en el sofá, y preguntó:

—¿Quién es esa señorita?

—Una francesita que ha traído una carta de la señora de Renyer.

—Pues no veo nada de particular en que venga a veros.

—Sí... pero ya ves... tenemos que salir.

—Puede acompañaros.

Las tres hermanas se miraron desconcertadas y Susana exclamó:

—¡Dios nos libre!

—Es tonta de capirote para tener que aguantarla toda la tarde.

- Pero si viene recomendada a vosotras...
- Ya la invitó mamá a comer el sábado... y ojala no lo hubiera hecho.
- ¡Se toma unas confianzas!
- Nos aguaría la tarde si viniera hoy.
- ¡Seguramente!
- Como que se pone sentimental con Alejandro...
- ¡Pero qué queréis que yo haga?
- Que te la lleves, querido tío, que te la lleves.
- ¿Dónde diablos me la voy a llevar?
- A dar un paseo, al teatro. Donde quieras...
- ¿Pero por qué?
- Porque es demasiado fuerte decirle que vamos a salir y que no queremos llevarla con nosotras.
- Sí...
- Eso es.
- Clotilde finge que está enferma... ponemos la habitación a media luz... No hablemos por no molestarla... y en vista de lo aburridos que estamos, tú la invitas y te la llevas.
- ¿Creeis que aceptará?
- Sin duda.
- ¿Pero cómo voy a cargar yo toda la tarde con esa chiquilla que decís que es tonta?
- Vamos... para un rato...
- Garantizadme al menos que es elegante y no haré el ridículo a su lado. Eso sí, desde luego supongo que es bonita, cuando tanto os molesta su compañía.
- ¡Eres poco galante!
- ¡No vayas a creer!
- No, no creo nada... vosotras sois muy lindas... Tres princesitas de novela.
- ¡Adulador!
- Las tres jovencitas lo acariciaban.
- ¿Quieres?
- ¡Sí que sí!
- ¿Te la llevarás?
- Se dió por vencido.
- Bueno...
- Las tres palmotearon.
- No debe de tardar... Ven aquí, Clotilde. Siéntate. Hay que echarte por cima una manteleta.
- Me vais a chafar la gasa del vestido.
- No es culpa nuestra. Nadie está enferma con traje d'apres midi... Hay que sufrir.
- Bueno... pero vosotras me parecéis también demasiado compuestas para enfermeras.
- Trae mi salto de cama, Susana.
- Yo me pongo el delantal de la clase de dibujo.
- A la enferma es preciso colocarle una cofia de encaje en la cabeza.
- ¿Y vosotras?

—No está bastante grave para que estemos mal peinadas—respondió Margarita:

Andrés las miraba riéndose de la travesura, con ese agrado de los viejos solterones galantes para con las muchachas bonitas que no están obligados a cortejar.

—La señorita D'Aureville—anunció la criada.

—¡Ya está ahí!

Cada una corrió a ocupar su puesto, con precipitación, tropezando con las mesitas y los muebles del salón. Acarició a Andrés el airecillo de un revuelo de gasas y encajes oliendo a perfumes y juventud.

Susana cerró a toda prisa la ventana, mientras Margarita se adelantó hacia la puerta para recibir a la recién llegada, la cual, sorprendida de la oscuridad, se detuvo con vacilación.

—Adelante, querida amiga, por aquí—dijo cogiéndola de la mano y guiándola entre los bibelots, que aun se tambaleaban de los pasados encontronazos—. Estamos muy disgustadas hoy... Clotilde está enferma.

La condujo al sofá, al lado de la butaca en que se había sentado Andrés.

—¿Qué tiene Clotilde?

Las dos hermanas se miraron sin saber qué responder. No habían contado con la pregunta.

—Dolor de cabeza—dijo una.

—Fiebre—añadió la otra.

—Y tos...

—Sarampión...

La francesita, que empezaba a distinguir en la oscuridad, hizo un movimiento para replegarse hacia el otro extremo del sofá y al volverse vió a Andrés...

—Es nuestro tío, don Andrés Laurent—presentó Susana—. Venía a tomar con nosotras el te... Qué contrariedad.

El solterón miraba encantado la gallarda figura y el perfil impecable de Elena D'Aureville.

—Yo lo lamento principalmente por la enferma y por usted, señorita... —dijo galantemente.

—¡Espero que no será de cuidado!

—No... permaneceremos aquí cerca de ella, calladitos... Ahora reposa.

—Oh, no es cosa de condenar a esta señorita a pasar así la tarde—dijo Andrés.

—Yo... no... pero...

Se la veía que había caído en el lazo de sentir el miedo que les causa a las mujeres bonitas el contagio de las enfermedades que las pueden desfigurar.

—Si usted quiere, yo me atreveré a invitarla a dar un paseo. La ciudad tiene lindos alrededores.

Vaciló ella.

—¿No sé si debo?

—Mis sobrinas pueden abonar por mí. Aunque soy un solterón recalcitrante, con la mala fama de todos los solterones, mi edad me autoriza a poder acompañarla.

—¡Qué duda cabe!—interrumpió Margarita—. Sale siempre con nosotras.

—Y con nuestras amigas.

La francesita estaba deseando ceder.

—Se lo agradezco.

El se levantó tomando la vacilación por asentimiento y se acercó a la enferma.

—¡Duerme... no quiero despertarla!

—¡Ni yo tampoco!

Se veía que la joven tenía prisa de salir de allí, asustada de la enfermedad.

En cuanto se cerró la puerta del salón las tres hermanas soltaron una carcajada.

—¡Ya estamos libres!

Corrieron a mirar a través de los visillos y vieron a Andrés y a Elena montar en el automóvil

—¡Qué bonito traje lleva!

—¡Hermosas pieles!

—No se podrá quejar el tío.

—La verdad es que ella no se ha hecho rogar.

—La asustó Susana con el sarampión.

—Así no volverá en mucho tiempo.

—Es tonta.

—Y empalagosa.

—El tío va entusiasmado.

—Y ella muy contenta.

—A ver si se entienden.

—¡Buena la habríamos hecho!

En aquel momento la joven alzó la cabeza, mirando distraída hacia el balcón y se vieron lucir los ojos grandes, azules, magníficos, en la cara sonrosada, tan perfecta y tan angelical, con su diadema de cabellos de oro, que Margarita no pudo menos de murmurar:

—La verdad es que está guapa.

Y Susana respondió con despecho, pensando en las coqueterías de la joven con su novio:

—No es un prodigio.

—Bobalicona—añadió Clotilde, que se desembarazaba de su cofia y de su manteleta, tratando de componer de nuevo su traje y sus cabellos.

—¡Es tarde!—exclamó.

Las tres se empujaban delante del espejo, para verse mejor. Se arreglaron los rizos y las patillas que asomaban debajo de las alas de sus sombreros.

Se sentían bonitas y estaban alegres de verse libres de una rival que podía eclipsarlas.

—Dame tu barra de carmín—demandó Clotilde—. Tengo los labios pálidos.

Su hermana le entregó el tubito de metal abierto, con el que acababa de dibujar su boca en forma de corazón, diciéndole burlonamente.

—Efectos de la enfermedad



- Hortelano -

EL ENCUENTRO

Al fondo del salón del Gran Casino, que mentía una mayor grandeza reproducido por los espejos y los dorados, la orquesta de orientales, vestidos de amarillo y rojo y tocados con el fez turco, tocaba mecánicamente, siempre con la misma entonación, las piezas de concierto, que parecían hacer sufrir a sus violines y violonchelos el tormento del constante rascarles las cuerdas con el arco, con aquella monotonía que cambiaba la poesía del violín en el cri-cri de los élitros de los grillos.

La música era sólo la nota central del acorde de todas las conversaciones, su acompañamiento. Cuando la música cesaba todos se interrumpían, se quedaban callados, con un tático acuerdo.

Cerca de la entrada, en el mejor sitio para pasar revista a los que llegasen, había tres jóvenes vestidos de smokin, con ese aspecto de pingüinos que da la pechera blanca, muy atentos a notar cuántas personas entraban, como conocedores de toda la sociedad elegante, sujetos al deber de llevar la cuenta de las notabilidades que asistían, cosa difícil en un país tan cosmopolita.

—Tú, Enrique, te haces una historia ante cada mujer hermosa—dijo uno de ellos—sin que el equivocarte siempre te haga escarmentar.

—No—respondió aquel a quien se dirigía, un rubio albaricoque, granujento y pálido—. Es que hay algo de terrible en los ojos tan grandes de esa mujer, Adolfo. Mira qué negro tan intenso tiene en las pupilas y en el cabello de ébano.

—Es una belleza sud-americana—dijo Adolfo—. Una belleza matronil y exuberante, propia de ese país donde la mujer está hecha para poblar pampas... con amplias y fuertes caderas.

—Pero esa mujer—siguió Enrique—tiene, digas lo que quieras, algo extraño. No es normal esa blancura de mármol, tan mate, tan pura, sin una gota de añil o de amarillo diluida en ella, y esos labios tan rojos... es una mujer interesante y peligrosa. Me parece más bien italiana. Una Juno que se escapó de un museo para vestirse a la moda y venir aquí.

—No—terció el otro joven, moreno, alto, todo afeitado, de ojos vivos y maliciosos—; Adolfo tiene razón, en cuanto a la nacionalidad.

—¿La conoces?

—¿Quién es?—preguntaron los dos con interés.

—Una sud-americana, en efecto. Es hija de uno de esos emigrantes españoles que hicieron fortuna allá en los primeros tiempos de la colonización. Debe tener también sangre de gaucho. Se ha casado con un príncipe austriaco, viejo y arruinado, pero de la mejor nobleza... Ella ha pagado con sus millones y su juventud el gusto de estampar su nombre en el Gotha.

—Es un libro que ahora resulta un mal negocio para el editor.

—En efecto, está tan trastornado como una guía Baedeker. Mira la prueba.

Pasaba una señora vestida con una multitud de metros de gasa que flotaba por todos lados. Una mujer pintada de rubio, pintada de blanco, pintada de rosa, con las uñas y las dos primeras falanges de la mano como si acabase de salir de una tintorería. Era la mueca de una mujer que había sido he mosa. Detrás un hombre grueso, satisfecho, relativamente joven, iba cuidando de desenredarle las gasas y le llevaba el perrito, negro, lanudo, como una bolita de piel, adernado con un gran lazo grana. Ambos avanzaban con un andar rítmico.

—Es la ex-reina de un Estado de los Balcanes—dijo Luis—y la acompaña el que fué su primer ministro, que no pudiendo hacer ya la felicidad de sus vasallos, se limita a cuidarle el perrito.

Pero los amigos no le escuchaban. La entrada de Elena atraía la atención. Se decía que la dulce luminosidad de la belleza rubia eclipsaba a todas las otras mujeres.

—¡Ira—siguió Luis—, si esa criselefantina no es más bella que tu estatua de mármol. Es una mujercita de nácar y oro. Tiene una carne lechiterna, traspasada de luz. No he visto jamás una mujer tan delicada, tan luminosa.

—Demasiado. Me daría miedo tocarla... Además, esos ojos rodeados de oro, con aguamarinas por pupilas, no me dicen nada... Me parece una muñeca excesivamente grande.

—Pues yo te confieso que me siento impresionado. Le rogaré a Andrés que me la presente.

—Debe ser una hija de familia.

—Quizás alguna amiga de las sobrinas.

—Míralas, ahí vienen.

Susana, Clotilde y Margarita aparecían acompañadas de otras dos jóvenes y varios caballeros.

En los primeros momentos no se dieron cuenta de la concurrencia, ocupadas de buscar sitio donde sentarse. Elena las miró y se puso intensamente pálida. Andrés notó su conmoción, siguió la mirada y se encontró con sus sobrinas que charlaban y reían alegremente mientras se colocaban alrededor de dos mesitas en el fondo del salón. ¿Qué hacer? Sin decirle nada Elena le marcaba la actitud que debía tomar. Había recobrado su tranquilidad y continuaba hablando como si no hubiese visto a las jóvenes.

Comenzó una conversación banal

—¿No conocía usted Suiza?

—No.

—¿De dónde es usted?

—Bretona.

—Me lo debía haber imaginado.

—¿Por qué?

—Por el ensueño que lleva usted en los ojos. Las bretonas son todas grandes enamoradas del ensueño.

—¿No lo son todas las mujeres?

—No; las hay muy poco dispuestas a soñar. Muy prácticas. Yo creo que la geografía tiene gran influencia en los sentimientos.

—¿Y ha hecho usted estudios geográficos en ese sentido?

—Muchos. He tratado mujeres de todos los países. Podría escribir un tratado...

—Sería curioso.

—Vea usted. Las mujeres que viven al lado del mar son románticas, tiernas y buenas, por lo general.

—¿Y las de la montaña?

—Tristes y pesimistas. Le amargan a uno la vida. Las mujeres que más me gustan son las francesas.

—Es natural, estando hablando conmigo... Pero... ¿y después?

—Las portuguesas. No hay en el mundo mujeres más apasionadas que las portuguesas. Son unas pasiones locas, ardientes. Los artistas de ópera que van a Lisboa dicen que en ninguna parte reciben declaraciones tan numerosas y entusiastas, hasta de "las niñas bien".

—Y la fama la tienen las españolas.

—Esas inspiran pasiones más fuertes que las que sienten ellas, y se les suponen las que hacen sentir.

Las sobrinas de Andrés no tardaron en ver a Andrés y a la joven.

—¡Elena y Andrés!

—¡Buena la hemos hecho!

—¿Cómo se le habrá ocurrido traérsela aquí?

—Las cosas de tío Andrés.

—Ha querido lucir a una mujer hermosa.

Después de este primer comentario siguió el desconcierto de la situación embarazosa en que estaban colocadas.

—¿Qué hacer ahora?

—¿Debemos saludarla?

—Parece que no nos ha visto.

—No nos hagamos ilusiones. Nos ha visto, nos ha visto tan bien como nosotras a ella, y ese cuidado de no cruzar su mirada con la nuestra indica bien claro que la indiferencia es fingida y que ha debido comprenderlo todo.

La más apurada era Susana.

—No me gusta hacer un desaire así a nadie. Nos tomará por cómicas.

Entretanto, Luis de Mersey le decía a su amigo:

—Me había equivocado. Andrés Laurent no saluda a su familia para no tener que presentarles a su compañera. Puedo tener esperanza.

III

EL ESPIRITU DEL LAGO

Salió Elena, erguida, altiva, apoyada en el brazo de Andrés; pero una vez en la calle se separó bruscamente de su lado.

—Adiós, señor... y gracias por haberse prestado a complacer a esas señoritas librándolas de mi presencia...

Andrés la retuvo sujetando entre las suyas las manecitas de niña, medio cordero, medio rosa, y le dijo:

—¿Me perdona usted?

Ella sintió fundirse su enojo en lágrimas.

—¿Qué derecho tengo yo a perdonar? No soy más que una pobre muchacha que ha querido torcer su destino...

Los ojos de pervinca llena de rocío eran tan tiernos, tan elocuentes, que el viejo aristócrata se conmovió.

Estaba desconcertado. De una parte la gran dignidad, la elegancia y la mesura de la joven, acusaban una persona distinguida. De otra, en su conversación, en sus discreteos, existía algo de atrevido, hasta de procaz, que no se avenía con su tipo de señorita inocente y con su juventud.

No decía nada que dejase adivinar su familia, su vida, su condición, por más que él, tan habituado a tratar mujeres, había conducido la conversación con habilidad hacia el pasado. El mismo interés que ella ponía en evitar hablar de ello, era un indicio desfavorable. En la duda adoptó una resolución:

—Toda mujer debe ser tratada como una princesa mientras no dé lugar a otra cosa....

La belleza de Elena lo ofuscaba y no le permitía razonar con frialdad.

—¿Dónde vive usted?—le preguntó.

—Estoy en casa de unos compatriotas.

—Yo no tengo casa tampoco. Vivo en una pensión... ¿Quiere usted venir a comer conmigo?... Quisiera sincerarme...

—¿Para qué?

—¿Me guarda usted rencor?

—No...

Entraron en el departamento, compuesto de gabinete, alcoba y cuarto de baño. Oía a perfumes. Elena lo abarcó con rápida mirada y se acercó a la mesa de tocador cargada de frascos de esencia, de polvos y de fards. Tuvo un movimiento instintivo de arreglarse los cabellos y pasarse la borla sobre el rostro, como mujer acostumbrada a tomar posesión, con facilidad, de una casa ajena. Había valuado con la primera mirada que Andrés tenía una buena posición y recibía amiguitas. No eran sólo para su uso aquellas cosas.

El colocó una butaca al lado del gran balcón, la hizo sentarse y le quitó los alfileres del sombrero, sin que ella resistiera. Estaba más hermosa así, con la cabeza descubierta. Las crenchas aureolaban una carita de ángel tan inocente, que lo desconcertaba.

El panorama, sobre el lago, rodeado de jardines y de grandes palacios, era espléndido.

Enfrente, la perspectiva de la ciudad, con sus edificios, sus torres y las cúpulas de oro de la iglesia rusa, más allá la silueta de las montañas, la grande y la pequeña "Salerno", de un tono oscuro, en contraste con el fondo que formaban la "Aguja de Plata", clavada en el cielo azul, y el gigante "Monte Blanco" cubierto de nieve, que parecía achatado, como el cono de un gran sorbete al que hubiesen sorbido la punta.

—Crea usted—dijo Andrés—que en todo lo que ha pasado no hay nada deprimente para usted, nada que sea falta de consideración. Una travesura de mis sobrinas a la que yo me presté antes de conocerla a usted. En el fon-

do de todo, la culpa la tienen los celos que usted debe inspirar con su hermosura a las demás mujeres, por lindas que sean.

Pero Elena no le prestaba atención. Lloraba desconsoladamente.

El se sintió invadido de una gran ternura.

—Cálmese usted, hija mía. Yo las obligaré a que le pidan perdón.

Le separaba las manos del rostro, le limpiaba los ojos con su perfumado pañuelo de batista.

—¡Si usted supiera lo desgraciada que soy, señor Laurent!—balbuceó ella.

—Cuénteme usted todo lo que le pasa. Quizás nuestro encuentro ha sido providencial. Tenga usted confianza en mí, llámeme sólo Andrés...

Empezaba a caer la tarde; el lago, azul claro, inmóvil, brillaba con las guirnaldas de luces que subrayaban los puentes; las montañas se perdían como arrebujadas en el manto de sombras. Los jardines eran manchas negras, al lado de las manchas blancas de las casas, y a lo lejos, en lo alto, como una constelación luminosa, seguían luciendo las cúpulas de oro.

Elena contaba su vida con un acento ingenuo, como si se le escapase del alma su confesión, y Andrés la oía embobado, cautivado por cosas que de no ser tan bonita la que las refería, no le hubiesen interesado.

Ella le refería cómo habían transcurrido sus primeros años en una aldea de su país, donde vivía con sus padres y sus numerosos hermanos, todos varones, con los que se acostumbró a convivir. Por eso no le gustaban los juegos de las otras niñas. Se entregaba a ellos un rato; pero pronto se alejaba con aire de mal humor, que obligaba a las compañeras a preguntarle:

—¿Te has enfadado?

Lo mismo le sucedía después de jugar un rato con la muñeca o hacer una de esas comiditas o esas comedias que improvisan las niñas, en las que toman sus papeles de "señora", de "mamá" o de "visitante". Jamás pudo tomar parte en aquellos juegos. Prefería correr, tirar la pelota y entregarse a las diversiones de los chicos.

Su carácter disgustaba a la madre, que la amaba menos que a los otros hijos, menores que ella.

—Es una criatura fantástica—decía—. Demasiado mimada. Esto acabará en cuanto vaya al colegio y no trate más que con niñas.

Por eso la envió a la ciudad a casa de una tía suya, solterona y devota, que la recibió a regañadientes y la puso en la escuela.

Fué a ella con deseo de tener compañeras, de no verse tan sola; pero desde el primer día todas las niñas se reían de ella o esquivaban su compañía. Llevaba su trenza rubia, que era entonces de un rubio más oscuro, atada con un lazo; el cabello tirante, el flequillo cortado sobre la frente, dejando ver las orejitas. Aunque tenía las facciones correctas, no era entonces muy bonita, a causa de su color amarillento y de su semblante sin expresión.

Oía los comentarios que las compañeras hacían de ella.

—Es fea—decía una.

—No, fea no—respondía otra—; es que parece boba.

—Porque es tonta.

Ella sufría, las amaba a todas, le parecían bonitas, superiores a ella, sencilla aldeana que no sabía tomar parte en sus juegos, ni hablar de ele-

gancias, de frivolidades y hasta de novios. ¿Qué podía saber, ni qué podía contar, estando tan sola, en casa de aquella tía que no se ocupaba de ella para nada? No le hacía nadie caso. Su única distracción era jugar con los dos gatos de la solterana, el "Ney" y la "Maricota", con los que hablaba como con dos buenos amigos.

Todas las noches oía leer a su tía el folletín de "Le Matin", y ella poblaba su soledad de todo un pueblo de muñecos de papel, hombres y mujeres, con los que ponía en escena las novelas leídas, continuándolas según su inventiva.

Pero su tía dió al traste con aquella inocente diversión, asegurándole que era el demonio el que encarnaba en sus muñecos.



—Eres una criatura fantástica—le decía—, que no te ocupas de nada útil.

Y, sin embargo, ella quería estudiar y aprender mucho para ir a ayudarle a su madre; no era culpa suya aquella volubilidad de su atención, que le impedía aprender de memoria la tabla de multiplicar, y hacer una sola curva bien hecha en la plana de papel pautado, para los primeros ejercicios, con la pluma cogida de aquella manera tan rara, sacando unos dedos y metiendo otros. Tal vez los hubiera hecho buscándose ella sus mañías; pero doña Elisa era inflexible. La buena colocación para la escritura era indispensable. La castigaba constantemente y todas las niñas se reían de ella, que las amaba tanto. Tanto, que mientras las miraba con sus grandes ojos

tristes burlarse sin piedad, se entretenía en desear un gran incendio que devorase el colegio, para ser ella la que pasara a través de las llamas y salvase a sus compañeras.

Viendo que cada día estaba más pálida y desmejorada, y que nada adelantaba, la maestra llamó a la tía.

—Deben ustedes llevarse esta niña—le dijo—. No se consigue nada de ella. Es una criatura fantástica.

Tuvo entonces una crisis de misticismo. Pasaba los días de rodillas rezando Padre nuestros, Ave Marias, Credos y Salves. Era sobre todo la Salve lo que le gustaba rezar. Hallaba una gran dulzura en repetir las palabras dulces y poéticas. El Credo le parecía una cosa árida, color caramelo, empedrada, como un almendrado. La Salve era como una guirnalda de flores olorosas.

Cogía todas las rosas del único rosal del huertecillo para adornar su Cruz de Mayo, y como todas eran rojas, las convertía en blancas con el humo del azufre.

Leía la vida de los santos con tanto entusiasmo como si fuesen novelas. Soñaba con martirios como había soñado con recorrer las grandes ciudades y viajar por las selvas de África, como los héroes de Salgari, cuando oía leer a su tía los folletones. La acometió la manía de ofrecer promesas y por cualquier cosa se comprometía a rezar centenares y miles de salves.

Quería entrar en un convento pero las monjitas la rechazaban con aquella ternura que a ella, ansiosa de ser amada, la seducía.

—No se puede fiar en la vocación de una niña tan fantástica—dijeron, después de enterarse de que no llevaría dote.

Esta vez tuvieron razón. Su misticismo se desvaneció con su primera pasioncilla que se olvida pronto y que no se confiesa jamás; esa pasioncilla inocente, pueril, imaginativa, y que es quizás la mayor pasión de la vida: la revelación.

Vivía enfrente de su casa una viudita joven. Ella no la recordaba bien, pero conservaba la idea de que debía ser hermosa como su nombre. Mercedes evocaba en ella, con aquella fantasía de su imaginación, que daba formas plásticas de los sonidos, un color azul celeste, de manto de Purísima luminosa. “Mercedes” para ella era “Celeste”.

Fué la primera mujer a quien trató. La viudita hablaba como las heroínas de las novelas. Tenía un novio y hacía a la niña confidente de su amor. Elena se enamoró del novio de Mercedes. Aquel había sido su primer ensueño, su primera pasión. Huía de él cuando quería besarla y llegaba a golpearlo si le tenía alguna broma. Daba a todos la impresión de que lo odiaba... Cuando él se dió cuenta de la pasión que inspiraba a la niña, se sintió halagado en su vanidad masculina, y tuvo para ella unas miradas y unas sonrisas de triunfador, que bastaron a desvanecer toda la ilusión de Elena. Se le hizo odioso y repulsivo.

Fué el instante en que nació en ella la mujer. La mujercita caprichosa, fantástica, porque tenía que ser así forzosamente, ya que todos le habían hablado de su fantasía y le habían persuadido de tenerla.

Oscar fué su primer novio. Era un muchacho de su edad, hijo de unos amigos de su tía, con el que jugaba y corría por el huerto.

Una tarde él le dijo:

—¿Quieres que seamos novios?

—¿Para qué?

—Pues para que tú no pasees con los otros chicos y salgas conmigo todas las tardes.

Ella dudó, pero la decidió el que se llamase Oscar.

A los pocos días de ese juego la llamó su tía.

—Elena, es preciso que no te reunas más con Oscar.

—Es mi novio—dijo audazmente.

—Ya lo sé... pero tú no estás en edad de casarte.

—¡Voy a cumplir ya catorce años!

—Eres una mocosa, no sabes hacer nada.

—Ya lo aprenderé... Otras se casan de mi edad. Está muy bonita una madre de quince años, paseando con la nodriza y el bebé. Después no tiene gracia.

—¡Tú estás loca! Pero no te hagas ilusiones. La familia de Oscar se opone a que se case contigo.

—No les haremos caso.

—Tienes que hacerlo. Tienen una razón respetable.

—Quiero saberla.

—Es mejor que la ignores.

—Seguramente será una invención cualquiera.

—Veo que es preciso revelarte lo... lo que yo no te quería decir; para que no dudes de la verdad... Tu padre fué un hombre que hizo sufrir mucho a tu madre... Mi pobre hermana tuvo que abandonarlo.

—Pero se juntaron otra vez...

—No, mi pobre Elena; ese hombre que tú has conocido es el padre de tus hermanos, pero no es tu padre.

Aquella revelación abrió una brecha terrible en el espíritu fantástico de la joven. Se creyó heroína de novela: deshonrada, sin amor de la madre, perseguida por un sino fatal. Oscar estaba a la altura de la situación. Vacilaban entre la fuga o el suicidio.

Y una noche huyeron. Se marcharon a París. Fueron dos meses de embriaguez, de amor, de romanticismo... hasta que se les acabó el dinero que él había quitado a su madre, y con el que le compró trajes y pieles...

Del hotel lujoso donde se habían hospedado, pasaron a la "Maison Meuble", de allí a un sotabanco inmundo, pero Elena se creía amada y vivía en plena novela, como una Mimí. Trabajarían...

Pero una tarde esperó en vano la vuelta de Oscar. Pasó la noche llorando, sin dormir. Incapaz de dudar del cariño de su novio, pensaba que le había ocurrido alguna desgracia. No se atrevía a recurrir a la policía, por no denunciarse. A la mañana siguiente fué a buscarlo a la Morgue, y paseó por las orillas del Sena, mirando si aparecía algún cadáver entre las aguas...

Al volver a su casa le dieron una carta. Oscar, arrepentido, se volvía con su familia, dejándola sola y abandonada, aunque con la esperanza de que ella se iría con su madre y podrían rehacer ambos su vida después de aquella calaverada.

¡Calaverada! ¡Así calificaba un amor en el que ella había puesto toda su vida!

Lloró mucho, estuvo varios días sin comer... quiso morir, echarse al río...

Al fin su desesperación cedió.

Encontró algunas señoras piadosas que la compadecieron y se ofrecieron a buscarle una colocación de señorita de compañía; pero un día le advirtieron:

—Indudablemente tu madre te reclama. Han venido unos policías preguntando por ti.

Era menor de edad. Para escapar a la patria potestad tenía que irse al extranjero. Aquellas señoras le dieron una recomendación para la hermana y las sobrinas de Andrés.

El escuchaba con emoción creciente aquella historia vulgar, tan infantil, tan pura en medio de todo. Aquella historia de chiquilla inocente.

—¿Y cómo no le dijo usted su situación a mi hermana?—preguntó al fin.

—Esa es mi falta. Por eso no me quejo de lo ocurrido. Me habían acogido como a una señorita... me ofrecieron su amistad... me invitaron a comer... ¡Eran tan simpáticas!... Tenía miedo a decaer en su consideración... por eso no dije nada... Tenían razón... mi cabeza loca... fantástica... Por eso no seré jamás feliz, por eso no me ha querido de verdad nadie nunca... ni mi propia madre.

Volvía a llorar con amargura.

Andrés sentía crecer su interés por momentos.

—No. No se acuse usted. No es su fantasía su enemigo, es su hermosura—le dijo—. La hermosura es un lujo que sólo pueden permitirse sin gran peligro las mujeres muy ricas e independientes. Una mujer bonita no puede esperar la protección, que sólo se otorga a las feas, como una compensación.

Siguió hablándola paternal y dulcemente mientras ella lloraba. Era un hombre encantador, conocedor del mundo, escéptico sin ser cínico, y vividor sin llegar al egoísmo. Tenía una voz grave y dulce que la conmovía. Hubo un momento en que no oyó lo que le decía. No escuchó más que el rumor de su voz. Se le abrió el corazón inundado de esa melancolía que hace más amantes que el amor.

Andrés se esforzaba por mantenerse sereno. ¿Debia aprovechar la situación? Estaba hermosísima, con sus cabellos rubios, su rostro de ángel, los ojos azules, tan claros, tan inocentes, de una mirada tan cándida, velados por las espesas pestañas luminosas. Su misma belleza le marcaba el camino que fatalmente había de seguir.

No puso resistencia. Se dejó besar en los ojos, en la garganta, en la boca, abandonándose en los brazos de Andrés. No percibía más que el rumor de la ciudad, ni veía otra cosa que el resplandor lejano de las estrellas. Era la ciudad, la silueta de las montañas y de los sauces, el perfume del lago los que la poseían. No era el hombre. Sentía el encanto de las cosas, de la naturaleza, del ambiente. Era la mujer fantástica que lo amaba todo y todo tomaba cuerpo para encarnar y abrazarla. Aquella noche era la enamorada de Ginebra. Se entregaba a la ciudad, al espíritu del lago.

LA AMIGA DE LOS NEGROS.

Andrés había tomado en serio aquellos amores. Para él equivalía a ser el primer amante de Elena el ser el segundo. El primero era como uno de esos ensueños de colegialas que al despertar de sus sentidos se enamoran de un primito, o del hermano de la amiga, si no es de la amiga misma. Nada de trascendencia.

Ella le había ocultado que aquellas "señoras" que la amparaban en su abandono eran dos muchachas de vida alegre, las cuales le dieron un remedio para verse libre del hijo de Oscar, que llevaba en su vientre.

Después se había ganado su vida por los cabarets y los bulevards con los estudiantes y los extranjeros que van a París con la leyenda de las grandes cocotas y se conforman con las muchachitas modestas, a las que llevan a cenar a un restaurante, y les alegran unas horas, creyéndose que son mujeres de un excesivo "chic", distintas de las de sus provincias, porque se dan rojío en los labios, fuman el cigarrillo, luciendo uñas miniadas, cruzan las piernas y se envuelven con descoco en sus abrigos amplios.

Era fatigoso ese modo de vivir. Ella, que lo ejercía sin entusiasmo, pensando en el potentado que asegurase su vida, eligió para sus amigos sólo a los negros.

Tenían por ella los negros una especial predilección. Sin duda los atraía el contraste de la blanca más blanca de todas las blancas. Tal vez despertaba en ellos un instinto de antropófago, no bien dormido aún, con la carne tan lechosa, tan tierna, y el gesto, un poco bobino, que solía poner. No le costaba gran repugnancia, como a otras de sus amigas, que por nada del mundo hubieran amado a un negro. Sólo alguna vez que otra tenía miedo de un contagio de raza, y se miraba al espejo con el temor de que apareciese sobre la limpieza impecable de su cutis alguna mancha de color oscuro y la tornase negra también.

Las otras compañeras, celosas de su belleza, encontraron en esto manera de humillarla: La llamaban "la amiga de los negros" y hacían que los blancos se apartasen de ella. Pero los negros se lo agradecían. Ellos la llamaban también "la amiga de los negros", y la mimaban, la obsequiaban, la atendían. Eran menos exigentes y más correctos que los otros. La colmaban de regalos y ella lo gastaba todo en toilettes, no quería hacer de su vida un "oficio", quería buscar en ella el "placer"; por eso, en vez de la sordidez de economizar para hacerse una rentista, hallar un marido complaciente y asegurar la vejez, lo derrochaba todo.

No era falta de previsión, no era que la hubiese abandonado aquel sentido práctico de las mujeres de la gran nación, que saben, hasta por instinto,

el valor del dinero, la fuerza que hay en él y la necesidad de conquistarlo. Era que sabía que el medio de llegar a tener dinero era aquél. Su belleza, los refinamientos, el lujo en el atavío: eran sus instrumentos de trabajo.

Estaba borrada de su alma, aunque de tiempo en tiempo debiese reaparecer, la visión de la casita blanca, con el marido enamorado, los bebés rosa, que juegan con el perrito y con el gato, mientras ella cuida las gallinas y las flores, o prepara la mesita de blanco mantel. El idilio clásico y aburrido en el que suele introducirse cualquier doncellita pizpireta o cualquier jardinero buen mozo.

Lo que le hacía falta era destacarse, hacerse notar, y en París aquello era muy difícil. Por eso se le ocurrió irse a Ginebra, el "pequeño París", la ciudad cosmopolita, como un gran hotel de extranjeros. Se cambió un poco su apellido, para que admitiera una "de" con apóstrofo y tuviese una armonía elegante. Convirtió Abren en D'Aureville, y emprendió su viaje. En el camino encontró una vieja señora entrometida, a la que le contó una historia de grandezas, y ella le dió la presentación para la familia Laurent. Elena pensó aprovecharse de la ocasión para introducirse en una sociedad donde podría lograr la "gran conquista" deseada.

Los acontecimientos precipitados la echaron en los brazos del viejo solterón, para formar un verdadero idilio.

Andrés se apasionaba cada vez más de la mujercita que creía romántica y enamorada, de una manera a la que desde hacía largos años no estaba acostumbrado.

Hombre de mujeres, rico, galanteador, la vida había sido para él fácil y no le había dejado sentir la necesidad de crearse unos lazos más íntimos.

—Amó tanto a todas las mujeres—solía decir—, que me creería ofenderlas si le diera la preferencia a una sola.

Cuando su hermana le aconsejaba que buscase una compañera para su vejez, contestaba:

—Esa es la mayor de las tonterías. Se le consagran los días de juventud a una mujer que coarta la libertad y amarga la existencia, con la esperanza egoísta de tener en ella una enfermera delicada cuando llegue la vejez, y la suerte nos hace la mueca burlona de que se muera y nos deje solos, en la época en que es imposible ya rehacer la vida o de que sea ella la imposibilitada a quien tengamos que cuidar, e infierne también nuestros últimos días. Castigo merecido para los que se hacen del matrimonio un seguro de ancianidad.

Pero aunque creía eso se había ido creando lazos, que ahora le impedían tener toda la libertad deseada para gozar su nuevo amor.

Aquella señora casada, con la que no creyó comprometerse en un galanteo, y que poco a poco se había ido apoderando de él. El hijo que pasaba por hijo del marido, y que ella le aseguraba que era suyo, y él llegaba a creerlo, por el extraordinario cariño e interés que le inspiraba la criatura. Cuando se quedó viuda Estefanía, él fué de los albaceas testamentarios, y de tal modo se enredó en sus relaciones que todo el mundo las sabía, las aceptaba, y él sentía el miedo del día en que ella se empeñase en legalizarlas, dando al traste con su cómoda vida de solterón.

No concebía la vida de familia, acostumbrado a la independencia de la vida del hotel, y a la frecuentación de la vida de sociedad, mimado por todas las jovencitas, que veían en él un marido posible. Era la última seducción



MORTIANO

que le quedaba de su juventud de buen mozo y conquistador, por la atracción que la manía matrimonial ejerce sobre las mujeres.

Tenía distribuidas sus noches para ir a cenar cada una a casa de un amigo o pariente, sin olvidar a Estefanía, y él llevaba los vinos y los postres, los cuales sabía elegir con un gusto exquisito. Por eso no se presentaba sino rara vez en público con Elena, ni podía resultarle demasiado pesado con su asiduidad.

La había instalado en un lindo pisito, en la otra orilla, frente al jardín inglés, y atendía a sus necesidades de manera que la joven vivía como una buena burguesa rica, que nada tiene que desear.

Con la volubilidad de su carácter, Elena encontró agradable aquella etapa de su vida. Pensó amar a Andrés, si no con pasión, con una ternura casi filial. Lo encontraba discreto, amable y fino siempre. La cautivaba su aplomo, su trato, sus maneras de gran señor, a las que no estaba habituada y que satisfacían el deseo de distinción tan propio de la mayoría de las mujeres.

Aunque ella salía sola en su coche, e iba sola a su palco del teatro, limitándose a saludar de lejos a Andrés, al que veía mariposcar de un lado para otro, besando la mano de las damas de grandes descotes, su belleza era demasiado notable para que no se tratase de averiguar su vida y se enteraran de sus amores.

El escándalo de las sobrinas de Laurent fué inmenso.

—¡Suerte que pocas personas la han visto en nuestra casa!—decía la madre.

—¡Y pensar que se la hemos presentado nosotras al tío!—exclamaban las hijas.

—Ya se comprendía qué clase de pájara era—añadía, sin ceder en su rencor, Susana.

Era ella, sin embargo, la que nada decía a Andrés contra la joven. Le gustaba que no estuviera libre, recordando con miedo las coqueterías que se permitió con Alejandro.

Pero Andrés no les hacía caso; jugaba también, sin darse cuenta, como Elena, al "buen burgués".

Era ella una esposita deliciosa, tanto, que a veces Andrés pensaba de buena fe, con el deseo de asegurar aquella felicidad: "Si me casara con ella", y suspiraba recordando a Estefanía y al muchachote, que empezaba su curso universitario.

Adivinaba Elena sus gustos. Le preparaba sus meriendas, sus cenitas, sus golosinas. Se había empeñado en que usase en la casa su pijama y sus zapatillas, y aunque Andrés se negaba, por corrección acabó por ceder, y aquello fué un paso más que lo unió al hogar apacible. Se sentía tan cómodo y tan bien en pijama y babuchas, que las veladas se hacían más deliciosas.

El carácter vehemente de Elena ponía pasión en sus caricias. Lo besaba ardorosamente, jugaba con su cabello, y le solía decir:

—¡Para qué te tifas? ¡Me gustaría tanto besarte las canas!

—Porque aún no tengo el cabello bastante blanco—respondía él con cierta coquetería—. Está en ese período de "sal y pimienta", que resulta tan feo, aunque menos que la calva.

—En ti no es feo nada—le contestaba ella—. Tienes un alma muy hermosa. ¡Te adoro!

Sentía el optimismo y juventud al lado de aquella mujer a la que había más hermosa cada vez.

La belleza de Elena era para sentida, para contemplada. Era toda armonía. De estatura regular, muy esbelta, muy carnosa, al mismo tiempo, deliciosamente formada. Se veía que estaba avalorada por los cuidados, la limpieza y el mimo. Era la suya una carne albirrosa, con un aterciopelado de pétalo de jazmín, que daba a los ojos la impresión que causa al tacto la seda y la suavidad del satinado. Tenía el encanto con que las miniaturas atraen la mirada y la reposan, aunque estén colocadas entre las magníficas valentías de la pintura al óleo. Era la mujer miniada, con aquella carne de pasta, blanda, imitación de nácar, en la que los ojos azules, los labios rojos, las cejas y las pestañas, tenían el toque del oro de las miniaturas de misal, y los cabellos hacían resplandecer el rostro, tan correcto de forma, tan limpio de tachas, sin un granito, una rojez o un vello imprudente, que viniesen a macular la pureza tan graciosa, iluminada por la sonrisa, detrás de la cual relucía una dentadura pareja y brillante.

—Es pena—le decía acariciándola—que las obras hermosas de naturaleza se destruyan. Que la belleza se marchite como las rosas.

—No me hables de eso, te lo pido por Dios—rogaba ella—. Si yo estuviese entre trapenses, sólo de oír continuamente "Morir tenemos", me hubiera muerto a los dos días. Y aun es peor que morir esto de pensar en las arrugas, la decadencia... Es morir dos veces. ¡Qué infamia! Se debía morir en la plenitud de la fuerza y la hermosura.

—No lo creas. La decadencia prepara a la muerte, que sin ella sería demasiado dolorosa.

—Bésame... bésame mucho, para que yo no me acuerde de todo eso que has dicho.

La felicidad ponía en él un aire que lo rejuvenecía.

—Me vuelvo un muchacho a tu lado, le confesaba a Elena. Hay que creer que la juventud es contagiosa. Por eso Salomón, el portento de la sabiduría, se rodeaba de mujeres jóvenes.

Pero su dicha la nublaba Estefanía, celosa de algo raro que había en la conducta de Andrés. El no quería romper con Estefanía; era la costumbre, la tradición, el pasado todo; lo que estaba unido a ella.

Quería conciliar su amor con el de Elena, como lo había hecho con tantos otros. Bastarían unos días de asiduidad para dejar a Estefanía tranquila. Elena había mostrado deseos de conocer Suiza. Le propuso que hiciese un pequeño viaje a Lausana, Berna y Basilea, hasta llegar a Schaffhouse y ver las cataratas del Rhin.

—¿Por qué no me acompañas tú?

—No puedo, por mis asuntos, dejar ahora a Ginebra.

—Entonces prefiero quedarme a tu lado.

—Es que voy a pasar unos días de no poderte atender... vienen unos ingenieros franceses... y belgas... tenemos que ir a ver las minas... Unas minas de mi pertenencia... los negocios inevitables... Por eso podías aprovechar esta ocasión.

Ella ardía en deseos de hacer aquella excursión y se dejó convencer. Comenzó su viaje sin sentir gana de dejar su papel de burguesita. Admiró en Lausana la belleza del lago y las montañas; paseó las calles medioevales de Berna, y visitó los museos de Basilea, sin experimentar la necesidad

de hacerse acompañar por nadie. Pero bien pronto la soledad la cansó. Necesitaba tener a alguien que se ocupase de ella, continuamente, para estar contenta.

Tal vez el cariño que le profesaba a Andrés nacía de ese sentimiento, que él, sin saberlo, halagaba, con su dedicación y sus continuas alabanzas.

Elena le escribía diariamente cartas apasionadas: "Sin que tú estés conmigo no veo bien estos paisajes", le decía. Y él contestaba con otras cartas románticas, llenas de pasión, en aquel extraño idilio de la muchachita que comenzaba a vivir y el viejo solterón acostumbrado a los amores fáciles.

V

AL BORDE DEL RHIN

Estaba recostada en la baranda de madera del enorme puente del Rhin, que sostenía la vía férrea, e iba a introducirse en el corazón de la montaña, donde se apoyaban sus pilares.

El recodo brusco del río ocultaba por completo su curso. Parecía un lago verde, sereno y manso, de un modo que hacía incomprendible el furor con que desde allí se precipitaba en el abismo, y los remolinos de espuma de sus cataratas, en aquel torbellino infernal.

—Aquí es que descansan las aguas para tomar fuerza—dijo Elena—. Se parecen esos saltimbanquis que se preparan a dar el doble salto mortal.

—Es más bien como una travesura del río—contestó Luis, que estaba a su lado—, un salto a la comba, según lo pronto que se serena y continúa, tranquilo, su curso.

—Parece que nace aquí. Está el agua tan clara, que deja ver las piedras, verdes y lucientes como esmeraldas. Se piensa en la heroína de Maeterlinck, que creía ver coronas en el fondo del agua. Atrae de un modo poderoso. Dan deseos de tirarse, no para hallar la muerte, sino para buscar un placer supremo.

—Tal vez sea ese el secreto por el que tantas mujeres y hombres jóvenes se han arrojado desde este lugar al río. Dicen que hay ondinas que los llaman.

—Lo que le sé decir, a usted es que pocos sitios he visto tan melancólicos. Este remanso a nuestros pies, a ese lado la montaña, con la boca negra del túnel, en donde acaba el puente, a ese otro la ribera de chopales, y allá, abajo, el ruido de la catarata y el remolino de agua blanca entre esas tres piedras desafiadoras de su fuerza, aunque estén horadadas, día a día. Es esta melancolía la que incita a echarse al agua.

—¡Cuidado, que ya me repite usted dos veces esa idea, y va usted a sugerirme el deseo de que se quiera usted tirar al río!

—¿Qué dice usted?

—Que si yo tuviese la suerte de ver que se iba usted a suicidar, podría salvarla estrechándola entre mis brazos.

Puso una pasión en su acento que la hizo temblar. Le parecía hermosísimo Luis con su cabellera leonada, abundante, los hermosos ojos grandes, almendrados, velados por los párpados que se entornaban, y sobre todo la voz, de una nota monócorde, pero intensa, aguda, clara y penetrante. ¡Qué contraste entre aquella juventud lozana y la vejez de su amante!

Se habían encontrado en Basilea. El joven había reconocido a la criselefantina que le enamoró en Ginebra. Encontró manera de acercarse, de hablarle, de recordarle su primer encuentro en un día que ella no podía olvidar nunca, y por último se ofreció a ser su cicerone. El momento era propicio. Elena aceptó. Habían visitado juntos Schaffehouse y la vieja iglesia que inspiró a Schiller su canción a las campanas.

Luis le hacía la corte, sin necesidad de una declaración vulgar. Ella se sentía enamorada, sin pensar para nada en Andrés. ¡Por algo le amaba "como a un padre!" Saboreaba su papel de mujercita decente, que resiste. Desvió la conversación.

—Es que esas cataratas no me causan la impresión de grandeza que yo me había figurado.

—Aun no las ha visto usted bien. Sigamos. Apóyese en mi brazo.

—No... gracias.

Escapó corriendo delante de él, con los cabellos revueltos por el aire, brillándole al sol como hebras de oro, y dejando valer, en su marcha gallarda, todos los escorzos de su cuerpo ligero y perfecto. Subieron la cuesta del montecillo. Al fondo del sendero se alzaba el antiguo Castillo de Laufen, la morada feudal, convertida en albergue. Entraron en los magníficos jardines. Elena corría por ellos, desdénando las rosas y las flores cultivadas para coger por los ribazos las pequeñas miosotis azules.

Hizo dos ramitos, se prendió uno en el pecho y ofreció otro a Luis.

—¿Sabe usted el significado que tienen estas flores?—preguntó él.

—¿Qué mujer no lo sabe? Hay algo que nos inclina a aprender el lenguaje de las flores. ¿Y usted lo sabe?

—Sí. "No me olvidés". ¿No quiere usted que la olvide?

—Naturalmente que no.

—¿Por qué?

—Por un sentimiento muy humano. Quisiéramos perpetuarnos en todo.

Habían entrado en el Belvedere, donde al través de los vidrios de colores veían el paisaje iluminado por luces diferentes; violeta, azules, rojos, verdes.

—Esta puerilidad para enganar niños—dijo Elena—empequeñece el paisaje. Vamos a seguir bajando.

En el Kauzeli, a la altura de la catarata, el ruido era atronador, las masas de agua, como nieve batida, se precipitaban semejantes a un glacial inmenso, como una lava blanca, que destroza a su paso.

Las tres rocas resistían el empuje de la catarata, estaban allí erguidas, con sus piedras horadadas, cubierta de musgo y de flores.

—Son el paraíso de las ondinas.

—¿Quiere usted llegar hasta Fischetz?

—¿Qué duda tiene?

—¿Y embarcarse para cruzar el río e ir a ese palacie?

—Eso no, porque me marearía, me pondría muy fea y no quiero que usted "no me olvide" en una figura lamentable.

Luis la llamó la atención. A la entrada del Fischetz, en la piedra viva, Schiller y Goethe habían grabado sus nombres. Elena tuvo el talento de hacerle creer, con su gesto, que comprendía de qué se trataba, aunque no sabía quienes eran aquellos señores.

—Es preciso ponernos unos impermeables.

La mujer que los alquilaba, una suiza de carne curtida y pecosa, les ayudó a vestirlos, y los dos jóvenes penetraron bajo la catarata.

El ruido era atronador, parecía como si la montaña toda fuera a desplomarse sobre ellos. Las gotas de agua que chocaban con sus rostros les hacían daño, tenían dureza de chispas de pedernal. Un polvo de agua espeso los cegaba. Era una belleza imponente, grandiosa, terrible. Un inmenso "Magnificat" entonado por la naturaleza.

Ella se agarraba con las dos manos a la barandilla del balcón que se movía a impulsos del retumbar del agua. Estaba próxima a desvanecerse; él la sujetaba, la oprimía contra su pecho. Creía sentir la palpitación de su carne al través de sus vestidos y rozaba sus cabellos de oro con sus labios.

Salieron de allí silenciosos y comenzaron a subir la cuesta. Esta vez ella se apoyaba en su brazo, no se decían nada. Llegaron al Castillo, y les sirvieron la comida al aire libre. No se enteraban de lo que comían.

—Una naturaleza como esta absorbe, mata, consume. Se encuentra todo pequeño ante ella.

El estaba contrariado. Comprendía que las emociones violentas le habían alejado del amor. Se habló sólo de cosas triviales. Estaban disgustados los dos.

Una muchachita de frente grande y cabellos de lino apareció con dos palmaritas encendidas para acompañarlos a sus habitaciones.

Se despidieron en la puerta del cuarto de ella. Pero apenas resignado a su fracaso había entrado Luis en el suyo, la oyó llamar con voz de mimo:

—Señor Bersey... Señor Bersey... Señor Luis...

Acudió con presteza.

—¿Necesitaba usted algo?

—¡Tengo miedo!

—¿Miedo a qué?

—Vea usted.

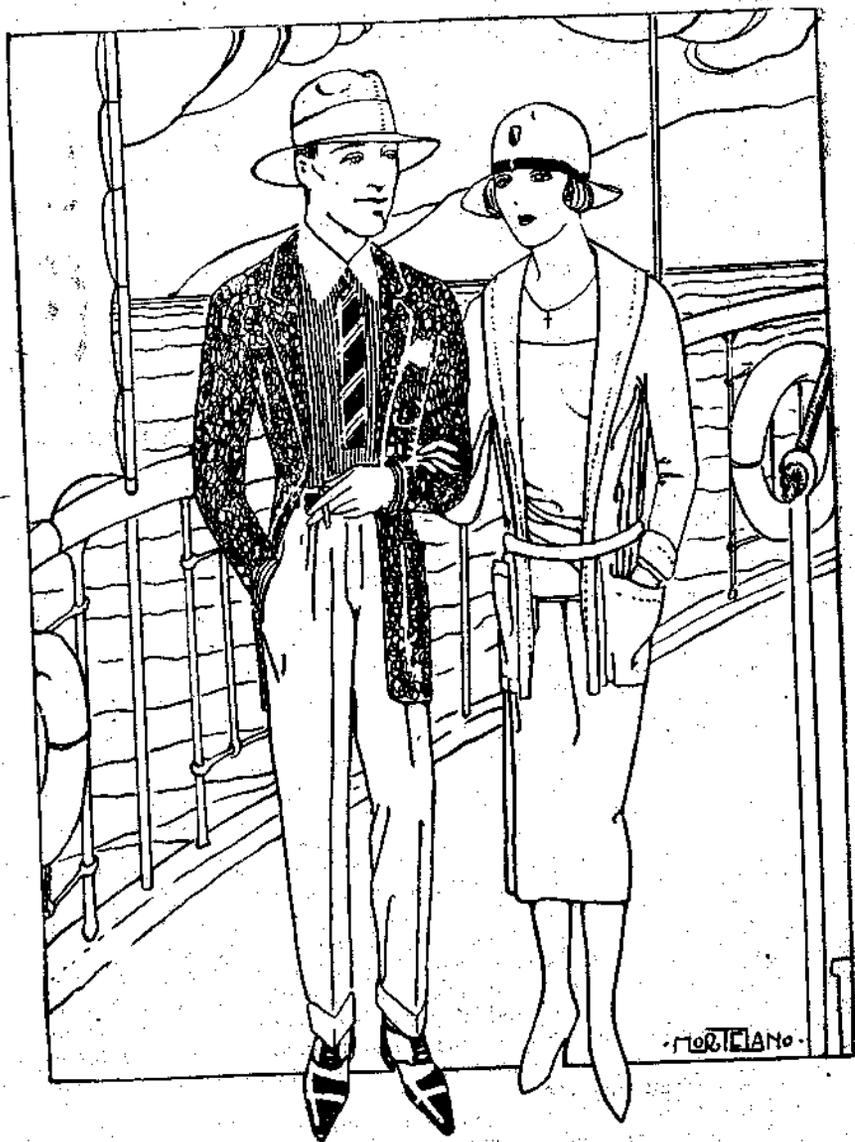
El entró en la alcoba. La luz de la vela no bastaba a alumbrar más que un pequeño círculo de la inmensa estancia de techo artesonado. Debía haber sido el Salón de Honor del gran Castillo. No tenía apenas muebles, desmantelada, desnuda, fría; la cama parecía una cunita de niño en el fondo. El comprendió su miedo y quiso tranquilizarla.

—Puede registrarse fácilmente, aquí no hay nadie. En cerrando la puerta...

—No... no... no basta registrar. Me parece que esto debe estar lleno de espíritus de las gentes que vivieron aquí, que en este cuarto hay una historia... que aquí mataron a alguien, que se me va a parecer.

—¡Qué niñería!

—Además en estas paredes, con estas tapicerías viejas, debe haber puertas secretas.



En aquel momento resonó un grito extraño fuera y algo tocó los cristales del balcón.

—Si estoy sola, me muero—dijo ella, bajando la voz.

Luis abrió un postigo.

—Son cornejas de la torre que tenemos al lado.

—Esos pájaros siniestros.

—Unos pobres animales como todos los demás.

—No... no son como todos los demás... Me dan miedo.

—Venga usted, serénese usted... Mire, Rostand estuvo aquí, con seguridad. Esta es exactamente la decoración de Cirano de Bergerac.

Era en efecto aquel el gran balcón de piedra, iluminado por la luna, con su luz blanca y fría, el mismo de la decoración del drama. Estaba allí el gran jardín, el magnífico árbol solitario; todo el encanto y toda la poesía de la noche envolvía al paisaje. A un lado la torre, en el fondo los bosques.

—¿Qué es aquello?

Señalaba a uno de los lados.

—Es el cementerio más florido de todos los cementerios. Todo cubierto de rosas, con las tumbas blancas como camitas de sanatorio. Hemos pasado por él esta tarde. Me creí que lo había usted visto.

—No... no lo ví... si lo hubiera visto no me hubiera quedado a dormir aquí tan cerca...

—¿Es usted supersticiosa?

—Es algo más fuerte que yo.

Guardaron silencio.

—Y luego no haber aquí luz eléctrica—siguió ella—ni siquiera un quinqué. Si la vela se apagase. No quiero ni pensarlo.

—¿Por qué se ha de apagar?

—Además no dura para toda la noche.

—Le daré a usted la mía.

—¿Y usted?

—Yo no tengo miedo.

—¡Dichoso usted!

—Si usted quiere, me quedo a su lado a velar su sueño.

—Sería abusar de usted.

—Nada de eso. Será usted como esas princesas que se acostaban al lado del paje descuidadas porque ponían la espada en medio.

Guardó silencio. Le molestaba ya tanto respeto, cuando la proximidad de la muerte engendraba una ansiedad de amar, de amar mucho, para no morir fracasado. Se escuchaba fuera el ruido estruendoso de la catarata, que tomaba ecos extraños en el silencio de la noche. Aquel ruido de Jaaz-Band gigantesco apagaba el del vendabal que debía hacer, según se agitaban locamente los árboles con contorsiones de epilépticos, como si bailaran una danza macabra, una zarabanda infernal, con todo su ramaje dislocado.

Un cielo manchado de nubes dejaba brillar la luna a ratos y a ratos la ocultaba, dando la impresión de una lucha, en la que la luna rasgaba los vendajes que la querían envolver.

Goteron de agua vinieron a apedrear el cristal.

—Debe oler a tierra mojada—murmuró ella.

Luis abrió los cristales. El ruido a torrente de las cataratas llegó más distinto y más asustador. Una ráfaga de viento hizo oscilar la luz de la vela

al par que un relámpago iluminó las tumbas del cementerio próximo, que parecían fantasmas blancos, movibles, por efecto de la luz azulina y fugaz.

Ella dió un grito.

—¡Luis!

Y se abrazaron, sin cuidarse de cerrar el balcón, con toda la voluptuosidad del miedo.

VI

EL ENCANTO DE LOS CELOS

Se prolongó el viaje más de lo que pensaban. Eran días de apasionamiento en el pequeño hotel de Neucasen, haciendo deliciosas excursiones, en los vaporcitos que iban hasta Constanza, muy unidos los dos, arrimados el uno al otro, como si tuviesen miedo de naufragar.

Amaban aquel río, que les parecía recién nacido, al verlo salir del lago, con las aguas frescas, verdés, infantiles, tan gracioso y tan romántico, que no hacía suponer fuese el mismo Rhin de Basilea, Maguncia y Colonia.

Pasaban aquellas poblaciones rientes de la ribera, cada una de una nación: Suiza, Alemania, Austria, Baden, como si allí se hubiese enmarañado la madeja de las naciones, cruzándose los hilos de un modo imposible de desenredar. De burguesa había pasado Elena a **ultra-romántica**. Envidiaba a las mujeres que vivieran allí en la época de las ciudades lacustres, sin comunicación con otras gentes; deseaba quedarse para siempre en una de las aldeas de pescadores, pintorescas, poéticas, como Ermatingen, o en la bella isla de Reichenau, y hasta hablaba de tener un hijo, con gran susto de Luis, que aunque se sentía feliz aquellos días no pensaba prolongar sus amores más allá del término del viaje.

Ella le había contado su misma historia infantil, que conmovió al joven mucho menos que a Andrés. Lo único que había alterado fué su condición de modesta bretona. Ya se pintó descendiente de una familia noble de la Vandé. Naturalmente que la historia acabó en el abandono del primer novio. Ahora vivía recatada en Ginebra con una tía suya. La influencia del Rhin había despertado su primer amor.

Luis fingía creerla. No hubiera sido de buen gusto contradecir a la mujer bonita y amable. El sabía sus amores con Andrés, al que más de una vez había envidiado. Aparentaba no fijarse en la carta de la anciana tía, que con un sobre de letra masculina recibía Elena todos los días, aunque algunos olvidaba el contestar.

La separación fué triste. Ella lloraba mucho y él se dejó conmovir. Le confesó que era casado, pero alguna vez, con discreción, podrían verse en su cuartito de soltero.

Andrés la encontró más bella y más amante a su regreso. Al verlo ella,

sintió renacer su ternura. Lo abrazó con transportes de alegría y de pasión. Por ningún joven del mundo hubiera dejado a su protector, tan elegante, tan bueno. Su vejez era casi un mérito, una depuración, como en los vinos añejos.

—Te adoro, "viejo mío"—le susurraba.

Eso no le impidió acudir solícita y llena de una pasión loca a la primera cita de Luis. Era tan atrayente, tan sana, su juvenil alegría, su fuerza, su vehemencia, en contraste con la dulzura de Andrés. Era el de Elena un sentimiento que se completaba entre los dos. No hubiera sabido prescindir de ninguno de ellos.

Luis representaba la emoción, la vida agitada y tempestuosa; Andrés el plácido reposo hecho de cuidados y ternuras. Debían sucederse como el sueño sucede a la vigilia.

—Es una tontería hacer incompatibles los sentimientos que caben en el corazón a un tiempo mismo—le decía.

Una noche, cuando Andrés entró a cenar en casa de su hermana, la encontró más seria que de costumbre, mientras que las sobrinas lo miraban con una sonrisa alegre y picaresca.

—¿Qué os pasa, mis queridos diablillos?—preguntó él.

—Son cosas que las niñas no deben saber—respondió Margarita.

—Razón de más para que estéis rabiando por decirlo.

—¿A ti? ¡Jamás!—exclamó con cómica gravedad Clotilde.

—No, no...

—No—corearen las otras dos.

Una señora enérgica de la madre las obligó a ir a su lado y vió que les hablaba con energía. Andrés, intrigado, disimuló hasta el final de la comida. En un momento que se quedó solo con su hermana, le preguntó:

—¿Puede saberse, querida hermana, qué estaban deseando decirme esas criaturas a pesar de tu prohibición?

—Debías no preguntármelo y tener más juicio, Andrés—respondió con severidad la señora.

—¿Pero tan grave es?

—Grave, porque las locuras de los viejos vienen a turbar las cándidas imaginaciones de los niños.

—¿A qué viejos aludes?

La dama se mordió los labios, recogiendo la hábil sátira de la respuesta. Su hermano era menor que ella.

—Si no precisamente un viejo, en la extensión de la palabra, eres ya de bastante edad para no permitirte ciertas cosas.

—¡Ah, vamos, se trata de mí!

—Todo el mundo sabe tus continuas tonterías, sobre todo con la señorita D' Au...

—Sí, sí, pero ¿es alguna deshonra en un soltero, aunque sea viejo, tener una amante bonita?

—No tan soltero.

—¿Me limitais mi soltería?

—¡Naturalmente! Si se acepta en sociedad a Estefanía es porque se considera vuestra unión una cosa seria. Ya se ha admitido. El que se respete a una mujer en las condiciones de ella, hermano mío, consiste en que

el hombre que la compromete empiece por respetarla. Que la sostenga de su brazo o que la deje caer.

—¡Excelente moral social! Me hablas, pues, en interés de Estefanía.

—¡Claro! Si la dejases por una cosa sería... Pero por una chicueta que te engaña.

—¿Que me engaña? Las mujeres creéis siempre en que engañan todas las demás. Tenéis experiencia...

La llegada de otras personas cortó la conversación. Una vez en el salón Andrés se aproximó a las sobrinas y les preguntó con aplomo:

—Vamos a ver. ¿Cómo habéis averiguado que me engaña la señorita D'Aureville?

—¿Lo sabes?

—¿Te lo ha dicho mamá?

—No hemos sido nosotras quien lo ha descubierto, sino Hanny—exclamaron las tres a un tiempo.

—¿Ha sido la americanita, tan santurrona y tan correcta?

—No la conoces bien. No puede vivir sin meterse en vidas ajenas y averiguarlo todo.

—Como que dice que la mujer que no se ocupa de las locuras de las otras, las hace ella.

—No está mal la teoría. ¿Y por qué se ha ocupado de mí?

—De ti no se ha ocupado.

—Aclaradme el enigma. Os lo pido.

—¿Y no harás nada?

—A mi edad no se suicida ya uno por un desengaño, queridas.

—Pues es cuando debía doler más.

—Si fuese el primero. Se encallece para ellos. Nos acostumbráis pronto a sufríroslos.

—Pues siempre se dice que los hombres sois los culpables.

—¿Culpables? Es demasiado solemne eso. Ni unos ni otros somos culpables. Es la vida así. Un intercambio...

—Ya que lo tomas de esa manera, vamos a contarte lo que sucedió.

—Escucho.

—Pues ya sabes, Hanny es la curiosidad en persona... y no tiene nada que hacer... su marido con los emplastos para los riñones ganó una fortuna.

—Abrevia las digresiones. Ya la conozco.

—Ella vió que a la casa situada enfrente de la fachada de la suya, que da al jardín, acudían casi todas las tardes a la misma hora un caballero y una señora jóvenes. Se pasó semanas y semanas espíandolos. Logró conocerlo a él.

—¿Quién era?

Dudaron las tres, mirándose.

—Os juro que no lo desafío.

—Luis de Bersey.

—¡Digno rival! Seguid.

—¿Te molesta?

—No, por cierto. Me hubiera molestado un ente cualquiera...

—Bueno, pues Hanny no podía averiguar quién era la dama. La mandó seguir, preguntó a los porteros.

—¡Qué interés!

—Es terrible. Se apasiona de esas investigaciones hasta el punto de que se le quitan el sueño y el apetito.

—¡Qué gran detective pierde el mundo!

—Un día logró averiguar que la elegante señora era rubia, porque la portera, al hacer la limpieza del cuarto, encontró en el peine un cabello largo, rubio, luminoso, como un hilo de oro para bordar.

—¡Muy bien! Es poética la descripción.

—Otro día la llamaron para que subiera una botella de Oporto.

—¿Y la vió?

—Sólo un pie desnudo, que asomaba de la "chaise-longue"; dice que era precioso, y que tenía en el pulgar una sortija.

—¡Demonio!

—¿Qué?

—Nada.

Aquello ya era un indicio. Los pies de Elena eran de una belleza admirable. Andrés recordaba cuando los veía reposar sobre la colcha color de oro, como dos pedazos de alabastro. Unos pies perfectos de forma, de planta arqueada, empeine alto, dedos largos, en los que lucían las uñas pulidas y pintadas con carmín como pétalos de rosa. Se diría que aquellos pies no habían andado ni se habían calzado nunca. El le regaló una pulsera de oro incrustada de brillantes para aquel tobillo estrecho como cuello de "ánfora" y una sortija de gruesa esmeralda para el pulgar.

—¿Y qué más?

—Oyó que le llamaba Elena.

—Y os vino con el cuento a vosotras. Es un cuento para niñas, hecho por una dama honesta.

—¡No tiene nada de particular!

—Y vosotras habéis deducido que hermosa y rubia no podía ser otra que la señorita D'Aurenvil. No os falta lógica.

—Como se llama Elena...

—Pensasteis: "Aquí fué Troya".

—¿Lo tomáis a broma?

—Naturalmente. No veo nada malo en que esa señorita, u otra cualquiera, no se conforme en lucir sus sortijas ante un solo individuo. Está en su derecho.

—¿Qué vas a hacer?

—Yo, nada. Lo encuentro muy bien.

—Eres un cínico.

—Merecéis todos que os engañen.

—Y no dudo que lo conseguiremos, si las damas decentes os educan de este modo.

A pesar de su mundaneidad, Andrés estaba hondamente preocupado. Le dolía el engaño de Elena como no le hubiese dolido el de otra mujer, excepto el de Estefanía. Había querido creer en la novela de la joven.

Pasó unos días hasta serenarse antes de ir a verla y tomó el partido de hablar con Luis. Necesitaba saber la verdad.

No le quedó duda al ver el gesto inquieto y sonriente, un poco irónico, de Luis.

—Somos dos hombres de mundo, querido amigo—dijo el viejo—, y no vamos a andar con niñerías. ¿Es usted el amante de Elena D'Aurenvil?



-ORTIZ-

El otro vaciló y al fin dijo:

—Por lo mismo que somos dos hombres de mundo, Laurent, sabe usted que esa pregunta no se puede contestar nunca más que con una negativa.

—Cuando se puede perjudicar a una mujer; pero en este caso no importa.

—¿No es usted su amante?

—Sí.

—¿Y le habrán dicho algo que usted desea comprobar para hacer una escena de celos?

—Nada más lejos de mi ánimo.

—O tomar la resolución transcendental de abandonarla.

—Menos aún. No se renuncia a una mujer tan encantadora como Elena. Yo no deseo las exclusivas, que me parecen hasta inmorales. Pero me gusta valorizar las cosas en mi afecto. No dar por el perro más de lo que el perro vale.

—Pues bien, amigo mío. No soy en realidad su amante.

—Eso depende del concepto que dé usted a esa palabra.

—La aplico al que, aunque sea temporalmente, acapara y sostiene.

—No es usted más que un capricho.

—Usted lo ha tomado más en serio.

—Lo confieso.

—Es interesantísima.

—Mucho.

—Yo me sacrifico por usted, Andrés.

—No hay necesidad. Una mujer bonita tiene derecho a todo. Dejémosla creer que nos engaña.

Elena no pudo sospechar nada en la actitud de aquellos dos hombres. Ellos, de no saberlo, no hubiesen sospechado tampoco ante su pasión y su ternura. Cuando se encontraban en el Club o en el teatro solían cambiar impresiones.

—¿Ha visto usted a Elena?—preguntaba Andrés.

—Ayer estuvo en mi casa.

Otras veces interrogaba Luis:

—¿Y Elena?

—Acabo de verla hoy.

Llegaron a hacerse confidencias íntimas y a cotejar los embustes que a los dos les había contado. Era para desconfiar de todo.

—¿En quién creer? ¡Con esa carita de ángel inocente!—dijo el marqués.

—En las caras cándidas no hay que fiar—repuso Luis—; todas las jovencitas bobas sin espíritu parecen inocentes, cuando son bonitas, por perversas que sean.

—Pero Elena tiene talento.

—Es peligrosa.

—Yo confieso que me tenía engañado.

—Hasta cierto punto. Ella lo ama a usted.

—¿Cómo lo sabe?

—Por el cuidado que pone en ocultarle todo y porque... en los momentos más íntimos me llama "niño", como si tuviese miedo de equivocarme el nombre.

Andrés rió.

—Entonces los mismos motivos hay para creer que lo ama a usted. A mí me llama "niño" también. Verdad es que siempre me lo ha dicho.

—Entonces no hay porqué envañecernos. Es costumbre antigua. Seguramente no hacemos el número que creíamos en su corazón.

Un día Andrés recibió un billettero de despedida de Luis; se iba por unos meses a Italia: "Le dejo libre a Elena. Consuélela". Se fué inmediatamente a verla, con curiosidad. Estaba contenta, como siempre. No se adivinaban las crisis de lágrimas y los ataques histéricos con que había despedido a Luis.

Pasaron unos meses de paz, de calma, encantadores para Andrés. Un día, Elena le dijo:

—Desearía hacer un viaje por la Suiza del Sur, amigo mío. Lugano, Lucerna...

Partió abrazándolo tiernamente. Había recibido una carta de Luis:

"Estoy en los Grandes Lagos; ven a renovar nuestros recuerdos del Rhin."

Pasaron dos meses sin que Elena hablase de volver. Le escribía todos los días a Andrés, poniéndole el encabezamiento de sus cartas en el italiano aprendido en su viaje: "Amore mio caro." Hacía ya unas semanas que le escribía de Lucerna. Andrés comprendía que los dos amantes se hubiesen detenido allí. Se arrepentía de no haber hecho él aquel viaje con Elena, gozando esa intimidad de los viajes, esa especie de renovación de los amores que ponen los cuartos del Hotel. Se acusaba de haberla aburrido demasiado. Lucerna era un marco apropiado para gozar el amor de una mujer como Elena. Lucerna era un marco para el cromo con sus azules, sus dorados, sus crepsetulos de plata; aquel amaneramiento. Estaba preparada para estuche de una belleza rubia y luminosa.

El sentía que la necesitaba. Tomó el partido de escribirle a Luis al Hotel donde estaban fechadas las cartas de Elena.

"Amigo mío, déjeme ya a Elena. La necesito."

El joven rió. Así como así, empezaba a cansarse otra vez del idilio. Buscó un pretexto para separarse y le rogó a Elena que le esperase en Ginebra. Ella telegrafió su vuelta a Andrés, que fué a esperarla a la estación.

Después de dos meses de calma el viejo se quedó sorprendido al llegar a casa de Elena y hallarse con todos los muebles empaquetados, todas las cortinas y los cuadros descolgados, las maletas hechas. Si tarda un poco no encuentra a nadie.

—¿Pero qué es esto?—le preguntó a la joven, lindísima con su traje gris de viaje, y su sombrero envuelto en gasas.

—¡Que me marche a París!

—¡Pero así! ¡Quitando la casa sin decirme nada!

—No tengo que darle a usted cuentas...

—¡Elena!

—No le consiento confianzas.

—¡Es posible!

—No existe nada de común entre nosotros.

Estaba desconocida. Más rubia con el tono rosa que el berrinchín ponía sobre el blanco mate de su rostro. El se enfadó también. Pensó en que Luis faltaba al pacto tácito y se la quitaba.

—¿Te marchas con Bersey?

—¡Usted y él son dos miserables!

Estaba estupefacto.

Elena sacó de su bolso un papel arrugado.

—¡Mira!

Lo reconoció. Era una carta de Luis que él había recibido al salir de su casa un par de días antes, y que debió caérsele en la habitación de Elena.

El joven le decía entre otras cosas:

“No podrá usted quejarse de que no me apresuré a enviarle a Elena. Agradecido a que la dejase usted venir. ¿Cómo está esa encantadora criatura?”

Era aquella revelación la que suscitó la cólera de Elena. Ella, que creía engañar a los dos, era la que se sentía traicionada por ellos. Ninguno de los dos la amaba, se la cedían como un bibelot cualquiera.

En su arrebato había decidido romper con todo, quitar la casa, llevarse sus muebles, irse a París.

En vano Andrés, desolado, trataba de calmarla.

—Querida Elena... sé razonable.

Se enfurecía más.

—Sí, eso no se hace... No se engaña así a una mujer... Habéis jugado conmigo... Sois unos miserables... Os habéis reído de mí... Me iré... me iré para nunca más volver, para no veros jamás... Quiero vivir mi vida, mis caprichos, ser la mujer fantástica que soy... Necesito que me ame un hombre... un hombre de verdad... que me tiranice... ¡Quiero un hombre con celos!

Se le aparecían los celos como el supremo aliciente del amor. Eran la sal, la mostaza que le faltaba. Sin ellos, sin el placer de exponerse, de bordar el drama, de provocar el sufrimiento, no tenía interés el engaño, ni valía la pena tomarse el trabajo de engañar.

Carmen de Burgos
Colombiana

Treinta años. A esta edad, si no ha salido, pronto saldrá la primera cana; no debéis descuidaros, usad en seguida el agua La Flor de Oro, y evitaréis las canas, la caída de cabello, conservándoos abundante y hermoso como en la edad juvenil.—Se vende en las perfumerías y droguerías.

LA NOVELA TEATRAL

Sumario de obras publicadas en LA NOVELA TEATRAL

- Galdós.** -49. Electra. 51. Doña Perfecta. -58 La loca de la casa. 62. Realidad. -82. La de San Quintín. - ** Sor Simona.
- Bonaventura.** - 9. Todos somos unos. -102. La copa encantada. - 107. El marido de su viuda. - 229. Más fuerte que el amor. - 239. La princesa Bebé. -233. El dragón de fuego. -259. La ciudad alegre y confiada. - 261. La gata de Angora. - 263. La losa de los sueños.
- Quintero.** -66. Doña Clarines. - 71. El patio. 75. La escondida senda. -88. El niño prodigio. - **Pepita Reyes. 256. El cenenario. 257. La zagalá. - 281. El género ínfimo.
- Guimerá.** -113. María Rosa. - 114. Tierra baja. - 186. Agua que corre.
- Linares Rivas.** -16. El cardenal. -99. La cizaña. -101. Bodas de plata. 241. Cristobalón. - 246. Tininadas. - 250. Flor de los pazos. - 287. Sangre roja. - 292. La razón de la sinrazón. - 296. Añoranzas.
- Martínez Sierra.** 29. Primavera en otoño. - **El ama de la casa.
- Tamayo y Baus.** -136. Un drama nuevo. -209. La bola de nieve. -186. Lances de honor. -149. La locura de amor. -177. Lo positivo. 214. Virginia.
- Diezca.** 6. El lobo. - 14. Sobrevivirse. - 24. El señor Feudal. -30. El crimen de ayer. -60. Daniel. -69. Amor de artistas. - 77. Aurora. - 92. Luciano. - **Juan José.
- Zorrilla.** -188. El alcalde Ronquillo. - 130. El Zapatero y el Rey. -131. Sancho García. -148. El puñal del Godo. -171. La mejor razón la espada. 234. El Zapatero y el Rey (1.ª parte).
- Villaespeca.** -10. El Rey galafar. - 23. Aben. Humeya. - 3. Doña María de Padilla. - 65. La leona de Castilla. -217. El Halconero. - ** El Alcázar de las Perlas. -28. La Gioconda.
- Marquina.** -154. En Flandes se ha puesto el sol. -182. Doña María la Brava. - 201. El retablo de Agrellano. -222. Las hijas del Cid. -195. El Rey trovador.
- Remo Carrión.** -84. El noveno mandamiento. 86. La tempestad. -95. La Bruja. -155. La muela del juicio. -104. El bigote rubio. - 106. Los sobrinos del capitán Grant. - 179. Mi cara mitad. -123. Los señoritos. -213. La criatura. -90. La Marsellesa. - 271. Agua, azúcares y aguardiente.
- Vitel Aza.** -32. Fran. font. - 33. La Rebotica. - 36. Ciencias exactas. -39. La Praviána. - 45. Parada y fonda. -50. Tiquis Miquis. -63. La sala de armas. - 167. Las codornices. -137. El sueño dorado. -125. El matrimonio interino. -225. Llovido del cielo. -197. El señor cura. -138. El sombrero de copa. -219. Con la música a otra parte. -191. El afinador. -200. Perecito.
- Camos Carrión Vitel Aza.** -147. El señor gobernador. - 119. Zaragüeta. -183. Robo en despoblado. -151. El padron municipal. - 110. El oso muerto. -132. La ocasión la pintan calva. -118. El rey que rabió.
- Echegaray (Miguel).** -44. La jejecita. - 59. Gigantes y cabezudos. - 76. El duño de la Africana. 91. La Rabaiera. - 115. Los demonios en el cuerpo. -178. La Credencial. - 163. Los Hugonotes. -120. Entre parientes. - 111. El octavo, no mentir. -303. Juegos malabares. -305. Meterse a redentor. -307. La monja descalza.
- Arniches.** -2. La sobrina del cura. -11. La casa de Quiros. -19. Las estrellas. -20. Doloretas. -21. La señorita de Trévez. - 43. La gentuza. -67. La noche de Reyes. -282. La chica del gato. - 283. La heroica Villa. -285. Es mi hombre. -286. La pobre niña. -289. Los caciques. -293. La hora mala. - 302. ¿Que viene mi marido!
- Arniches-García Alvarez.** - 15. ¡Ima de Dios. -17. El pobre Valbuena. - 70. El terrible Perez. -58. El fresco de Goya. - 83. El nieto o Górritz. 87. El cuarto Pons. -97. Mi papá. -124. El pollo Telada. -128. El perro chico. -105. Gente menuda. -122. El príncipe Casto.
- García Alvarez Muñoz Seca.** - 8. El verdugo de Sevilla. -12. Fúcar XXI. -34. La frescura de síeute. -51. El último Bravo. -56. Los cuatro Robinsones. -64. Pastor y Borrego.
- Muñoz Seca.** -270. La plancha de la marquesa. - 273. La verdad de la mentira. - 275. Los pergaminos. - 276. La razón de la locura. - 278. La cartera del muerto. - 280. El Condado de Mairena. -141. La barba de Carrillo. -193. Faustina. - 288. Los misterios de Laguardia. 291. El último pecado.
- Muñoz Seca-Pérez Fernández.** - 267. Pepe Conde o el montir de las estrellas. -268. La fórmula 3 K3. -73. Trampa y cartón. -27. López de Coria. -187. Los amigos del alma. - 254. Un drama de Calderón -260. Martingales. - 252. Trianeras. -253. La hora del reparto. - 255. El parque de Sevilla.
- Paso-Palacio.** -13. Florín de oro. -40. El gran tacaño. -116. La divina Providencia. - 206. Los perros de presa.
- Parrín-Palacios.** 74. La corte de Faraón. - 80. La mantá zamorana. - 81. Pedro Giménez. - 89. La Generala. 93. Pepe Gallardo. - 109. El Húsar de la guardia. - 142. Enseñanza libre. - 218. Certamen Nacional. - 194. Cuadros disolventes. -159. La tierra del Sol. -225. Las mujeres de don Juan. - 146. ¡ País de las Hadas. - 249. Cinematógrafo Nacional.

COMEDIAS

1. Trata de blanca s. -3. El místico. 4. Los semidioses. -5. Las cacañas. -18. El hombre que asesinó. 25. La eterna víctima. -26. Jimmy Sams. -31. El misterio del cuarto amarillo. -3. Primerose. 38. Raffles. - 41. Mirar dollina. -42. Genio y figura. -47. Petit-Café. -48. Los Noveleros. -54. La Tizona. -55. Miquette y su mamá. -57. Los gemelos. -98. La cena de las burlas. -100. Franz Hallers. - 103. La

Tosca. -109. La tía de Carlos -112. Fedora. -117. El oscuro dominio. -121. Los gansos del capitolio. -129. El director general. -133. ¡Tocino del cielo! -134. Militares y paisanos. -135. Muérete, ¡y verás! -139. Jarabe de pico. -140. Papá Lebonnard. -143. El Revisor. -144. Blasco Jimeno. -145. El crimen de la calle de Leganitos. -146. Lo que ha de ser. -152. Don Fr. nciso de Quedo -153. La Cición. -156. El amor vela. -160. La señorita del almacén. -164. El Ladrón. -166. La pesca del millón. -167. ¡ Señor Duque -169. El gobernador de Orbequieta. -173. Jettatore. -180. Situaciones cómicas en el teatro español. -181. El tenor. -185. El primerorro. -189. La casa de los milagros. -190. El duelo. -192. Los amantes de Teruel -198. La Anastilla. -199. Marcela, o ¿a cuál de los tres? -203. La historia del Don Juan Tenorio. -207. Un negocio de oro. -208. También la corregidora es cuapa. -210. Mister Beverley. -212. La dama de las camelias. -215. Hamlet. -216. La caracterización y las morcillas. -220. Los piropos. -221. El Gavilán. -224. Esclavitud. -226. Las vírgenes locas. -227. El soldado de San Marcial. -228. Judith. -230. El celo de la dehesa. -231. El corral de la Pacheca. -232. En ciecer. -237. El puesto de antigüedades de Baldomero Pagés. -238. Don Gil de las Calzas verdes. -240. El arte de declamar. -242. Zazá. -243. La casa de la Troya. -244. Juventud de príncipe. -245. El mayor monstruo, os ceos. -247. Magda. -248. La moza de cántaro. -251. A secreto agravio, secreta venganza. -264. Mi salvador. -269. La tierra. -272. La República de la broma -279. Genialdo. -283. Los pollos bien. -289. La clava de sol. -300. Frutería de Frutos. -304. ¡Que no lo sepa Fernando! -306. Alonso XII. -313. Santa Isabel de Ceres. -309. La luna de la sierra. -310. ¡Si fué don Juan Andalúz! -311. Margarita la Tanagra. -313. Constantino Pía. -315. Mi marido se aburre. -316. El pobre Rico. -317. Larrea y Lamata. -318. La caseta de la feria. -320. Melchior, Gaspar y Baltasar. -321. La Presidenta. -322. El caudal de los hijos. -323. El cuarto de Galina. -325. La casa de Salud. -326. El madrigal de la cumbre. -327. Las mocedades del Cid. -328. El cerdo de Avilés. -329. La fiebre verde. -330. El hombre de las diez mujeres. -331. Alcalá de los Gandules. -332. Arsenio Lupin. -333. La loca aventura. -334. Las superhembras. -335. La extraña aventura de Martín Pequet. -336. Flor de Córdoba. -337. Los malhechos. -338. El segundo marido. -339. El amigo de las mujeres. -340. El tiempo de las cecezas. -341. Nick Carter. -342. La reconquista. -343. Enbrujamiento. -344. Gloria. -345. Pedro Fierro. -346. Nuestro enemigo.

ZARZUELAS

7. Charito la Samaritana. -22. Se afina la Rubiales. -46. La alegría de la huerta. -52. La marcha de Cádiz. -61. El chico del cafetín. -68. Los cadetes de la reina. -72. La Tempranica. -79. El niño judío. -84. El padrino de «El Nene». -85. La balsa de aceite. -96. El señor Joaquín. -127. Tonadillas españolas. -158. Cantables célebres de zarzuelas. -159. Ninón. -161. Los pendientes de la Trini. -162. Pancho Virondo. -165. La boda de Cayetana. -168. Las Corsarias. -170. La Chicharra. -172. El nido del príncipe. -174. La Madrina. -175. Chistes célebres de comedias. -176. La suerte de Salustiano. -184. La tragedia de Lavina. -202. La canción del olvido. -205. El As. -204. La suerte perrera. -211. Tonadillas españolas (2.ª parte). -233. El Príncipe Carn val. -235. Don Lucas del Cigarral. -258. La novelera. -262. Matías López. -265. Tonadillas y todas lleras españolas (3.ª parte). -266. Tonadillas y todas lleras españolas (4.ª parte). -274. Tonadillas y tonadilleras españolas (5.ª parte). -277. El chateco blanco. -281. La Hoja de Parra. -290. El Avapies. -294. Chiribitas. -295. Tonadillas y tonadilleras españolas (6.ª parte). -297. La carrujara. -301. El corto de genio. -312. Arco Iris. -314. El gran Bajá. -319. Lola Montes. -324. Tonadillas y tonadilleras españolas (7.ª parte.)

Número atrasado: 10 céntimo sobre el precio que marca el ejemplar.

(**) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA.

FLIRT

REVISTA FRIVOLA

FLIRT es la única Revista galante, que por su prestigio laboradores artísticos y literarios, merece ser leída.

Diríjase la correspondencia a PRENSA POPULAR.-Madrid, Calvo Asensio, 3.

**SUSCRIPCIÓN: MADRID. PROVINCIAS Y A
RICA, SEMESTRE, 8 PSETAS.-AÑO, 15 PSES**

EN PUBLICA LOS JUEVES

NO. 46.

468